

existe entre el *ayer* mítico y el hoy real. Por muchos *ayer* reales que interpoemos, el orbe habitado por los Aquiles y los Agamemnon no tiene comunicación con nuestra existencia y no podemos llegar a ellos paso a paso, desandando el camino hacia atrás que el tiempo abrió hacia delante. El pasado épico no es *nuestro* pasado. Nuestro pasado no repugna que lo consideremos como habiendo sido presente alguna vez. Mas el pasado épico huye de todo presente, y cuando queremos con la reminiscencia llegarnos hasta él, se aleja de nosotros galopando como los caballos de Diómedes, y mantiene una eterna, idéntica distancia. No es, no, el pasado del recuerdo, sino un pasado ideal.

Si el poeta pide a la *Mneme*, a la Memoria, que le haga saber los dolores aqueos, no acude a su memoria subjetiva sino a una fuerza cósmica de recordar, que supone latiendo en el uni-

verso. La *Mneme* no es la reminiscencia del individuo sino un poder elemental.

Esta esencial lejanía de lo legendario, libra a los objetos épicos de la corrupción. La misma causa que nos impide acercarlos demasiado a nosotros y proporcionarles una excesiva juventud—la de lo presente,—conserva sus cuerpos inmunes a la obra de la vejez. Y el eterno frescor y la sobria fragancia perenne de los cantos homéricos, más bien que una tenaz juventud, significan la incapacidad de envejecer. Porque la vejez no lo sería si se detuviera. Las cosas se hacen viejas porque cada hora, al transcurrir, las aleja más de nosotros, y esto indefinidamente. Lo viejo es cada vez más viejo. Aquiles, empero, está a igual distancia de nosotros que de Platón.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

(*Ideas y Figuras*. Madrid).

narse; son sus alas muy tenues y sus formas demasiado sutiles, y se comprende que, al dársele caza, se le tome eternamente herido.

Los hombres no cantan ni comentan nunca el amor sino el dolor que éste produce, y así son ingratos con él, sin pensar siquiera que el amor se transforma en dolor y éste en arte, y que sigue siendo, por consiguiente, de una belleza inmanente. El amor perfecto, como la vida misma, concluye y comienza con un sollozo, y así como la gloria que irradia en el viejo veterano que nos narra las batallas en que quedara mutilado, así en los últimos años, cuando la vida deja de vivirse y empieza a comentarse, las penas de amor, embellecidas por el recuerdo, adquieren contornos de una dulzura infinita y son más bellas que la felicidad misma, que es estéril, y por eso ahí donde se borraron las fáciles delicias de millones de besos, queda, como tallado en diamante, el surco de la primera lágrima.

CARLOS GUTIÉRREZ LARRETA

(*La Nota*. Buenos Aires).

EL AMOR EN EL ARTE

EL misterio de las cosas es lo que ponemos en ellas de nosotros mismos; por eso la definición absoluta mata en nuestro sentir todo lo que éste puede tener de íntimo, y así el error, lo desconocido, lo eternamente variable, nos encantarán con los mirajes de lo inalcanzable, y el amor, que es el misterio más humano, oscilará siempre entre lo que él tiene de inseguro: los celos y la esperanza.

Por eso es pecado querer definir el amor, y sin embargo, mucho se ha dicho sobre él; ¡quién no ha caído en la egoísta tentación de querer estudiarlo y definirlo! Y todos lo han hecho mal sin duda, menos uno, el que tenía razón, si la hubo; sí, pero ¿cuál? Schopenhauer, Spinoza, Stendahl, Bourget, Gourmont?

Hay que tomar el amor como elemento artístico; el amor es como la inspiración en arte, tiene la pureza química que imposibilita el análisis.

El amor es obra humana en el concepto moderno, se entiende.

Las églogas de Virgilio nos cuentan los amores blancos de los pastores que engañaban su nostalgia con dulces cantos de flauta, que las montañas de Lacio repetían como un *leit-motiv* melancólico.

Ya no el caballero andante que con el recuerdo de su dama recorría el mundo en busca de aventuras y que, como don Alonso Quijano el Bueno, desfacía entuertos, redimía cautivos y libertaba princesas, para volver al cabo de largos años, al castillo que fuera su punto de partida. Allí encon-

traba trémula de amor, a la dama que no tuvo más consuelo en sus horas de tedio mortal que el recuerdo de las proezas de su andante caballero.

Ya no como en la Canción de Rolando el joven, par de Francia, que sale a combatir al infiel y conserva hasta en la angustia de sus últimos momentos el valor y la fiereza necesarios para no hacer sonar su mágico olifante que oído por Carlomagno y sus tropas hubiese sido su salvación. El sabía sin duda la ofrenda que su muerte le deparaba. En efecto, la bella Aude muere de dolor al conocer la funesta noticia, como Iseult la Blonde en la leyenda celta se desploma sin vida sobre el cuerpo inanimado de Tristán.

No, el amor ya no es aquel; y se explica. Hoy el amor acorde, esto es, el amor satisfecho, la felicidad en una palabra, no es tema suficientemente inspirador, porque se le considera como elemento simple. Hoy el gusto, exasperado por ciertas modalidades del arte moderno, necesita platos fuertes, y el idilio de nuestros abuelos con su paz angélica ya resulta incoloro.

El amor actual, torturado, febril y doloroso, reina en el arte; siendo más humano, es más triste. Y es la cuerda más pulsada de la lira, y hay que convenir en que en arte, amor y dolor, andan siempre de la mano, y en que pintor, músico o poeta, lo toman, pero lo sorprenden siempre doliente. Nos queda el consuelo de pensar que acaso el amor sea como el pájaro azul de Maeterlinck, al que no puede aprisio-

CUBA CONTEMPORANEA

REVISTA MENSUAL

FUNDADA EL 19 ENERO DE 1913

Director:

CARLOS DE VELASCO

Dirección y Administración:

O'Reilly, 11. Deptos. 208-10

LA HABANA, CUBA

Suscripción anual para el extranjero:
\$ 5.00 oro de los EE. UU.

En la Oficina del REPERTORIO, frente a las Alcaldías, puede Ud. adquirir las publicaciones de la conocida casa editora

PICTORIAL REVIEW

DE NEW YORK:

La revista *Pictorial Review*,
el *Fashion Book*,
el *Arte de vestir*,
el *Catálogo de bordados*,
el *Crochet Book*.

También hallará Ud. un surtido de moldes para confeccionar vestidos en casa: enaguas, blusas, trajes de niños.

Imprenta y Librería Alsina.—San José. C. R.